

los pecadores, se encruelen contra su Dios, arrastrados por la fuerza de una pasión, ó bien le ofenden sin conocer toda su bondad; pero Judas lo va á entregar despues de haber visto los mayores testimonios de su divinidad, de su amor y caridad para con Él, y á pesar de ellos lo odia, lo aborrece, lo detesta y abomina como si fuera su enemigo más cruel y sanguinario.

Esta demostracion de amor tan nueva no podia ménos de excitar en el apostolado una admiracion mayor que la que les causáran los milagros de Jesus; como más allegados á Él que la plebe, habian entendido de su misma boca su origen y naturaleza divina. Sabian que Jesucristo era el Hijo de Dios, y al ver los muertos resucitados á su voz, las aguas consolidadas á sus plantas, las tempestades apaciguadas y los demonios arrojados, si bien se admiraron por la singularidad de estos hechos nada comunes, pero no les debia causar una admiracion extraordinaria, sabiendo que el mismo que habia sacado de la nada todas las cosas, podia hacer de ellas lo que le agradase; mas al arrojarse á sus piés, todos quedaron sobrecogidos, porque esto era cosa nueva, porque su espíritu no podia comprender que el grande, el omnipotente, el sábio por esencia, se humillase ante unas criaturas tan pequeñas, tan ignorantes y tan limitadas como ellos eran. Esta admiracion la expresa Pedro con su acostumbrada fogosidad y viveza; siendo el primero entre los Apóstoles, no puede callar al observar que su Maestro, vestido con aquel traje abyecto, se postra á sus plantas con designio de hacer otro tanto con cada uno de los demás. «Señor, le dice lleno de espanto y temor; Señor, ¿tú me lavas los piés?» *Domine, tu mihi lavas pedes?* Como si dijese: Tú, sobre quien se han abierto los cielos bajando el Espíritu Santo sobre tu cabeza; Tú, cuya divinidad he confesado públicamente; Tú, á quien he visto en el Tábor más hermoso que el sol, re-

cibiendo los testimonios de la ley y los Profetas, y oyendo la voz del Padre que te llamó su Hijo bien amado, objeto de sus complacencias divinas y oráculo que debemos oír; Tú, que eres el resplandor del Padre, la figura de su sustancia; Tú, que gobiernas el mundo con tu sabiduría, ¿te postrarás á mis piés para lavarlos? *Domine, tu mihi lavas pedes?* Si los ángeles se reputan por felices al servir de peana á tu trono, ¿cómo permitiré yo que laves los piés á un discípulo? ¿A mí, pobre pescador; á mí, rudo é ignorante; á mí, podia añadir, que de aquí á pocas horas te voy á negar; á mí, que he de sucumbir á la voz de una mujerzuela; á mí, que, siendo Apóstol de la verdad, he de afirmar con juramento la mentira en esta noche, y me he de precipitar en un abismo de infidelidad, de donde no saldré sino con una mirada eficaz de tu gracia? *Domine, tu mihi lavas pedes?*

¿Quién debiera decir estas palabras, amados míos? ¿Pedro, aquel discípulo fervoroso á quien el Padre celestial reveló la generacion eterna de Jesucristo ántes que á ninguno de los Apóstoles; aquel que, infiel por unos momentos, sería luégo tan penitente que lloraria toda su vida su pecado; aquel que, llevado del amor á su Maestro, seguiria sus pasos hasta la casa del Pontífice, y se introduciria entre los verdugos, y sólo sucumbiria por el miedo que tuvo á estos hombres atroces, ó el otro desgraciado en cuyo corazon se habia fraguado la traicion más alevosa? Porque Pedro habla por sí y por los demás discípulos, hombres humildes y llenos de amor y respeto hácia su Maestro; mas no podia hablar por Judas, en quien la envidia, el orgullo y la avaricia habian hecho de un Apóstol un apóstata, y de un discípulo un traidor; con todo, éste nada dice al ver á su Maestro postrado á sus plantas sanguinarias; pero ¡oh amados míos! si las palabras del príncipe de los Apóstoles nos dan á entender que Dios por nuestro amor se humilló al exceso,

amándonos como á hijos, el silencio del traidor nos enseña que, siendo enemigos de Dios, éste nos amó sin mirar á nuestras iniquidades, sino á su misericordia; y aquí es necesario reflexionar con atencion, porque en esta accion de Jesus está declarada la parte más esencial del amor fraterno. El mundo amaba á sus amigos, y tanto mayor era su amor, cuanto eran más estrechos los lazos de la amistad; pero al mismo tiempo que amaba á sus amigos y hermanos, aborrecia mortalmente á sus enemigos; no sabía, en consecuencia, hacer bien sino á los que amaba, y esto nada tenía de extraordinario; no sería así en la nueva ley. Jesucristo nos manda que amemos á los enemigos, que roguemos por los que nos persiguen, que hagamos bien á los que nos traten mal, para que seamos dignos hijos de aquel Padre celestial que hace salir el sol sobre buenos y malos, y provee de lo necesario á justos é injustos; y para que vencamos la natural repugnancia que tenemos en hacer bien á nuestro adversario, no sólo da su vida por sus enemigos, sino que se postra á sus piés, los lava y los riega con sus lágrimas.

Postrado á los piés de Judas, ¿no era natural que este hombre pérfido dijese á su Maestro, con más razon que Pedro, que jamás consentiria en que Él le lavase los piés? Un amor tan extremado, unas demostraciones tan cariñosas, ¿no debian ablandar un corazon, aunque fuese de piedra? En vano se humilla el Maestro, en vano se postra ante su discípulo; por más que Jesus hable con las obras, Judas guarda un silencio profundo, mirando con indiferencia las acciones más expresivas, porque, obstinado en su maldad, no piensa sino en ver tendido en una cruz al que ahora ve postrado á sus piés. ¿Quién duda que Jesus, miéntras hacía esta accion humilde, dirigia al corazon de Judas las palabras más tiernas y penetrantes? ¿Quién duda que su hermosa frente se oscureció y que de sus divinos ojos brotaron dos fuentes de lágrimas,

que regaron aquellas plantas que iban á hollar la sangre de un Dios? Pero ¡oh ingratitud diabólica! ¡Oh dureza espantosa de corazon! Jesus pierde tiempo en hacer bien á su mayor enemigo, porque éste está obstinado: y habiendo llegado al extremo de la maldad, menosprecia cuanto se haga en beneficio suyo. *Impius, cum in profundum venerit peccatorum, contemnit.* (Prov., xviii.) Pero esta obstinacion de Judas, el silencio que guarda, son un testimonio de que Jesus ama tiernamente á sus enemigos, y de que para este amor no hay distincion de Apóstol fiel á Apóstol traidor, de discípulo humilde á discípulo alevoso; no es posible ya que las humillaciones de Jesus ablanden el corazon de Judas; sus lágrimas no sirven para su conversion, pero sirven para instruirnos á nosotros; sirven para enseñar á los hombres que sólo el amor de Dios y del prójimo puede cimentar y conservar en ellos la Religion; sirven para decirnos cuál ha de ser nuestra conducta con los amigos y con los enemigos. ¡Qué deseos no tenía Jesus de encender este fuego del amor fraternal en los corazones helados de los hombres! Habia bajado del cielo con el objeto de abrasar la tierra, y ¡qué anhelos tenía de que ardiese! *Ignem veni mittere in terram, et quid volo, nisi ut accendatur?*

Así es, amados míos; estaba este Legislador divino á punto de sancionar la ley del amor, y el lavar los piés á sus discípulos era el preliminar de esta sancion; los truenos y los relámpagos, el sonido de la trompeta, fueron los anuncios de la publicacion de la ley escrita en el Sinaí. Allá se les anunciaba la presencia de un Dios terrible; aquí las humillaciones del Legislador son el aparato que precede á la proclamacion de la ley de gracia, y sus postraciones á las plantas de Pedro y los discípulos fieles, sus lágrimas y suspiros á los piés de Judas, nos descubren á un Dios amable, á un Dios amoroso, á un Dios que ha sofocado en el seno de su misericordia todas

sus iras, á un Dios, por fin, que se presenta á los hombres, no conminándoles, envuelto entre nubes majestuosas y esplendentes, sino revestido de la forma de éstos, y conversando con ellos como un padre con sus hijos. Porque ¡oh amados míos! ¿qué suavidad y qué dulzura descuelan en las palabras de Jesús? Después de haber lavado los piés á sus Apóstoles, vuelve á sentarse en medio de ellos: sin resentimiento por la cobardía con que muy pronto lo abandonarían, sin odio al traidor que tenía al frente, les dirige estas razones: «Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, pues lo soy: si yo, siendo vuestro Maestro y vuestro Dios, os he lavado los piés, con mucha más razón debéis vosotros lavarlos mutuamente; os he dado ejemplo, para que, así como yo lo he hecho, lo hagáis también vosotros.» *Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis.* (Joan., v.)

¿Quién no amará de aquí en adelante á sus hermanos? ¿Quién aborrecerá á su enemigo? ¿Quién no se sacrificará por él, al ejemplo de Jesús? Ningún legislador está obligado á la observancia de las leyes que él sanciona para sus súbditos; pero Jesucristo no publica la ley de amor fraternal sino después de haberla puesto en práctica el primero; en lo sucesivo los hombres se han de soportar todas las fragilidades y miserias, al ejemplo de Jesús: *Exemplum dedi vobis*; porque no nos manda precisamente que nos hemos de lavar materialmente los piés unos á otros, sino que hemos de practicar lo que está significado en esta acción; y al lavarlos Jesús á sus discípulos, al mandarles que hagan otro tanto entre ellos, nos dice estas palabras: «Yo, siendo Rey de la gloria, me he humillado por amor del hombre, y he tomado sobre mí sus pecados, limpiando con mi sangre las inmundicias de vuestras culpas; justo es que vosotros os soportéis unos á otros vuestros defectos; yo he sufrido con paciencia vuestras

ignorancias; os he instruido en el camino del cielo; me sacrifico por mis enemigos; me postro á sus piés y se los lavo; justo es que el hombre ame á su hermano; justo es que los instruya en lo que han de hacer para salvarse; justo es que perdone á su enemigo, que lo alivie en sus indigencias y que le extienda los brazos, si éste quiere reconciliarse; yo lo he hecho el primero, sin estar obligado á ello; justo es que lo hagáis vosotros, á quienes comprende la ley de amor que he publicado: *Exemplum dedi vobis.*

Ved, amados míos, lo que hace hoy Jesús al lavar los piés á los Apóstoles; iba á derogar el sacerdocio de Aarón; iba á instituir un Sacramento grande, un Sacramento que se llama justamente Sacramento de amor, porque aunque todos los Sacramentos de la nueva ley respiran el amor que Dios nos tuvo, pero este encierra en sí todas las acciones y prodigios que obró la Omnipotencia divina por nuestro amor, porque en la encarnación Dios ocultó su divinidad bajo el velo humano, mas en este Sacramento oculta su naturaleza divina y la humana, por darse entero al hombre; y antes de instituirlo, declara con sus hechos que el amor lo hizo bajar del cielo, que el amor lo tuvo treinta y tres años entre los mortales, que el amor lo conducía al Calvario, y que este mismo amor le impelia á inmolarse sin cesar por nosotros hasta la consumación de los siglos. Sí: todo el edificio cristiano está cimentado en este amor, y nadie puede ser discípulo de este Maestro si no ama á Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, y al prójimo como á sí mismo, sin distinción de ajeno ó allegado, de extraño ó de propio, de amigo ó enemigo. Jesús se prostra sin distinción á los piés de Juan, á quien le unen los lazos de sangre; á los piés de Pedro, que lo ha de negar; á los piés de Judas, que lo ha vendido, y á los piés de los otros Apóstoles, que le han de abandonar.

La ley de amor se ha publicado con las palabras y acciones del Legislador. ¿Qué debemos hacer nosotros, amados míos? Amarnos recíprocamente, sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros hermanos, no dar lugar al odio y rencor en nuestros corazones; perdonar de corazón á los que nos han agraviado; socorrer las indigencias del prójimo; no considerar en él sino un hijo del Padre celestial que nos engendró á todos; y cumpliendo esta ley de amor, estaremos seguros de haber satisfecho á todos los mandamientos divinos, y de merecer la corona de la inmortalidad en el reino de la paz y del amor. Amen.

SERMON DOGMÁTICO

SOBRE LOS

MOTIVOS QUE TUVO JESUCRISTO PARA INSTITUIR

EL SACRIFICIO DE LA EUCARISTÍA.

In qua voluntati sanctificati sumus per oblationem corporis Jesu Christi semel.

En la cual voluntad somos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez.

(HEBREOS., cap. x, vers. 10.)

El dogma de la sustitucion del inocente en lugar del culpado para aplacar la ira de Dios, es tan antiguo como el mundo. Entre tanta diversidad de pueblos y de naciones como ocupan el globo, ni uno solo se ha descubierto aún que no tuviera sus altares, sus sacerdotes, sus ritos y su liturgia, destinado todo á exprimir de un modo sensible esta creencia del espíritu humano. Ora se han encontrado pueblos que sobre un ara de césped inmolaban corderos y derramaban libaciones; ora se han visto otros que, coronados de hiedras, llevaban á su rústico adoratorio manojos de dorada mies y cestillos de aromáticas frutas; aquí unos conducen millares de prisioneros destinados á teñir con su sangre las innumerables aras erigidas al dios que les diera completa victoria; aquí otros ¡horror causa decirlo! llevan al hijo recién nacido, á la esposa, al deudo más amado, y coronados de flores son presentados al sacerdote infando que, degollada la víctima, registra sus palpitantes entrañas para conocer en